

Alberto Escobar: *La serpiente de oro o el río de la vida*, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, Ed. Lumen, marzo 1993.

Casi reedición de su propia tesis doctoral, bajo la supervisión y apoyo de autores como L. A. Ratto, C. Delgado Barreto, Rafael Lapesa, Gutiérrez Girardot, etc., la obra de Alberto Escobar viene a afincarse en la crítica idealista de Amado Alonso.

El autor presenta la obra como una inmersión en el mundo de los balseiros en Calemar, subrayando el papel que la relación hombre-naturaleza juegan en la obra. De la imbricación entre uno y otro surge la idea de la justicia, e ínsita en ella, la de la libertad, pues la libertad «para realizarse, debe bajar a la tierra y encarnar entre los hombres. No le hacen falta alas sino raíces» (O. Paz: *Al pasop.*, 181).

Pero a su vez, como subraya Escobar, la obra de Ciro Alegría se interesa en la captación del lector y lo hace por una paulatina acomodación e inmersión a través de la estructura y tema esencial de la novela: el río, medio de vida, símbolo de la vida misma, así como de la justicia y el derecho naturales. Fuera de la naturaleza todo se traslada en artificio.

Esta continuada presencia del entorno se realiza en lo dialéctico: «Las distintas formas de antítesis dan expresión a un modo de contemplar el mundo, en el que lo característico reside en la convivencia de elementos en oposición» (p. 22). Pero es asimismo una dinámica sincrética, pues las antítesis en realidad no hacen sino desvelar un mundo en el que la lucha es su fundamento. Podríamos pensar, por tanto, que es la acción lo que configura el sistema narrativo, pero como subraya Escobar, es sobre todo la descripción del paisaje lo que convoca la presencia de la acción, es el escenario, por tanto, el elemento esencial del drama.

De este modo, Escobar, por tanto, adopta el mismo sistema que Ciro Alegría para analizar la obra. Si para el narrador el paisaje era lo esencial, al ser el ámbito natural del hombre, el crítico seguirá estos mismos pasos: así del ámbito natural descrito surge la figura que le otorga sentido: los cholos de Calemar, atados a la tierra y al río lo mismo que los árboles. Su vida es, al igual que para el resto de los seres que habitan el Marañón, una lucha continuada con la naturaleza. De ahí que el limeño resulte un extraño que desconoce la validez de la experiencia. En el fondo subyace la problemática civilización/barbarie que ocupó a sus contemporáneos y Ciro Alegría parece romper una lanza a favor de otra forma de civilización: la experiencia, pues tan sólo ella es «el método válido para descifrar este mundo de intrincada naturaleza, y la forma de alcanzarla consiste en un observar con atención las mutaciones y características de la realidad» (p. 29).

El balseiro se describe por su lenguaje, esta huella de raigambre costumbrista que adoptará la narrativa de la época, se convierte en verdadera tipología. Lenguaje que Escobar analiza desde una múltiple vertiente: la tradición oral, la diferencia lingüística, los giros regionales, el refranero. La importan-

cia que la dimensión lingüística mantiene le hace dedicarle todo un complejo y completo estudio, que conforma la segunda parte de este análisis y que aborda desde los aspectos fonéticos a los más propiamente gramaticales. Tarea que indudablemente guarda relación con uno de los temas abordados al comienzo: lo telúrico; o bien, mirado desde otra vertiente, lo antropológico.

Si la experiencia es lo que otorga importancia y sabiduría a la vida del balsero, ésta se manifiesta a través de su propia oralidad. De este modo la palabra adquiere un valor testamentario, es, en definitiva, el lenguaje; la propia escritura la que logra armonizar un mundo claramente antitético, pero a su vez inmerso en el orden del caos.

Desde esta perspectiva del lenguaje como descubrimiento, la obra de Escobar mantiene su vigencia en el tiempo.

ROCÍO OVIEDO
Universidad Complutense

Ricardo González Vigil: *Intensidad y altura de César Vallejo*, Ed. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993.

Dedicado a la memoria de nuestro amigo y compañero Julio Vélez, el libro reúne el coloquio que tuvo lugar en Lima durante el mes de marzo de 1992.

Habría que subrayar, en primer lugar, el acierto de organización en temas tan variados como las crónicas de Vallejo, su ambiente trujillano, o presencias tan aparentemente alejadas de su poesía como Dante. Y, sin embargo, el libro se estructura a modo de cronología que paulatinamente engloba aspectos controvertidos de Vallejo, y, si bien, no están todos los que pudiéramos encontrar, sí se puede afirmar que la publicación reúne aquellos de los que con mayor asiduidad se ha ocupado la crítica en los últimos tiempos, como es el caso del mestizaje, su relación con la Vanguardia o aspectos de su narrativa y teatro.

La lección inaugural de L. J. Cisneros sobre la Crónica de Vallejo, abre el aspecto militante —misión política del artista— unido singularmente al sentido poético. Su periodismo no es sino una manifestación de sus inquietudes sociales, pero a su vez es un reto por el valor que el propio poeta concedió a la palabra. La difícil acomodación entre ambas le hará reprochar a Huidobro que trabaje con ideas en lugar de con palabras, al igual que le hará desdeñar el surrealismo. Así, desde el comienzo se mantiene la polémica —diríamos eterna— de los seguidores de Vallejo y que, como veremos, tras la lectura de tan diversas y variadas opiniones, se podría resumir en la confluencia entre el Vallejo artista y el Vallejo social, con predominio de uno u otro según los momentos.